

MENSAJE AL FINAL DEL AÑO IGNACIANO

*Peter- Hans Kolvenbach, S.J.**

Queridos amigos:
La paz de Cristo.

El aniversario de la aprobación pontificia de la Compañía de Jesús, justamente al término del Año Ignaciano, me da pie para saludaros a todos hombres y mujeres, amigos y colaboradores, generosamente comprometidos en el múltiple y extenso apostolado de la Compañía.

Y mi primera palabra es gracias, cordialmente gracias. Sin vosotros, sin vuestra cooperación, nuestros apostolados no podrían ofrecer un servicio efectivo a la Iglesia, al pueblo de Dios. La gratitud es una virtud que los jesuitas hemos aprendido de nuestro primer superior general, San Ignacio de Loyola. Desde el mismo comienzo de su largo peregrinar hacia Dios —de Pamplona a Manresa, Jerusalén, Salamanca, París y finalmente a Roma— Ignacio fue consciente de lo mucho que debía a la bondad de los hombres y mujeres, que le ayudaron a lo largo del camino y jamás dejó de agradecerse. Rezó por ellos e hizo siempre cuanto pudo para ayudarles.

En las *Constituciones* que gobiernan la orden que fundó, Ignacio subrayó en más de una docena de pasajes la obligación que tienen sus miembros de rezar por sus colaboradores y bienhechores. La parte que trata de la obra educativa de la Compañía, se abre precisamente con un capítulo dedicado expresamente a «la memoria de los fundadores y bienhechores de los colegios». En

* Roma, 27 de septiembre de 1991, Aniversario de la aprobación pontificia de la Compañía de Jesús.

él ordena que cada año, en el aniversario de su fundación, se celebre una misa solemne por el fundador y bienhechores y que «en tal día se presente una candelita de cera al fundador, con sus armas». Eran otros tiempos, y este último detalle puede parecernos pintoresco; pero su espíritu e intención son claros. Ignacio quería que sus hijos fuesen agradecidos a sus amigos. Quería que rogasen por sus amigos fielmente, como efectivamente lo hacen.

OBJETO DE ESTA CARTA

Son muchas las personas que durante el Año Ignaciano me han manifestado que la espiritualidad ignaciana es parte muy importante de su vida. Algunos me han dicho que este año les ha brindado la primera ocasión de conocer a Ignacio y su espiritualidad. Muchos me han rogado que sigamos compartiendo esta herencia ignaciana, aun después de los actos que han marcado el pasado centenario. Respondiendo a este deseo, y para comenzar lo que espero será un diálogo permanente entre vosotros y mis hermanos jesuitas en vuestros respectivos países, deseo ofreceros unas reflexiones, tomadas de San Ignacio, que puedan ayudarnos como personas y como creyentes. Una reflexión común de este tipo podrá también servir para estrechar nuestros lazos y abrir nuevas perspectivas a nuestra mutua colaboración. Este es un momento privilegiado en que el Espíritu de Dios nos urge a una mayor unión de ánimos en el servicio de los demás.

¿QUIÉNES SOMOS?

Somos una extensa red de seglares y religiosos; los vínculos que nos unen son variadísimos, pero todos compartimos un mismo don: la herencia espiritual de Ignacio de Loyola. El campo de actividad de la Compañía es vastísimo, y los jesuitas que trabajan en el mismo se diferencian mucho en sus tareas y sus propios talentos. Vosotros tenéis vuestro puesto en esta diversidad: algunos sois antiguos alumnos, familiares, amigos, que participáis de muchas formas en nuestra espiritualidad ignaciana; otros tenéis parte en nuestro apostolado a diversos niveles, ayudándonos con vuestra vida espiritual y vuestra reflexión, o con vuestro trabajo, vuestra ayuda económica, etc. Estáis presentes de muchas y variadas maneras: en universidades, colegios y escuelas, centros culturales y de acción social, misiones, parroquias y casas de ejercicios, editoriales y redacción de revistas, campos de refugiados y hasta curias provinciales. En todas estas actividades los hay quienes ocupáis puestos claves importantes con compañeros jesuitas y quienes impartís enseñanza, hacéis investigación o ejerceréis responsabilidades administrativas o trabajo de oficina. En algunos casos

sois vosotros mismos los que nos habéis invitado a colaborar con vosotros en obras que habéis emprendido por iniciativa vuestra, mientras que en otros casos hemos sido nosotros los que os hemos ofrecido compartir nuestro trabajo en obras de la Compañía. ¡Y qué hermoso es ver la generosidad y competencia con que lo lleváis a cabo!

Nuestra unidad respeta tanto la libertad de conciencia como la variada gama de cualidades que Dios os ha dado a cada uno. Provenís de todos los medios y profesiones; también se descubre una gran riqueza y variedad en vuestra vida de relación con Dios. Algunos habéis hecho los Ejercicios Espirituales completos y podéis dárselos a otras personas. Otros, como está previsto en los mismos Ejercicios, sólo habéis seguido uno u otro aspecto del itinerario ignaciano. Los hay quienes no habéis tenido la oportunidad de hacer los Ejercicios y otros cuya espiritualidad no es ignaciana. Ello es perfectamente legítimo y demuestra la riqueza y variedad de la herencia espiritual de la Iglesia. No es tampoco raro que personas que no comparten nuestra fe, tomen parte en nuestras obras sobre la base de valores comunes que compartimos. Así en algunos países, cristianos de otras confesiones nos dan su valioso apoyo, y en Asia y África, en particular, abundan los ejemplos de colaboración con no-cristianos, bien en sus instituciones, bien en las nuestras.

Son muchos los jesuitas y laicos que se han beneficiado mutuamente trabajando juntos en libertad y madurez y compartiendo sus experiencias espirituales, sobre todo inspirándose en los *Ejercicios*. En realidad, los 450 años de historia de la Compañía son la crónica de una fecunda asociación con el laicado, que ha patentizado en la Iglesia el espíritu ignaciano, y lo sigue haciendo hoy con todo vigor. De hecho, la Iglesia universal ha dedicado un sínodo especial al laicado, y la exhortación apostólica “*Christifideles laici*” propicia una «mayor y más completa y armoniosa participación» de los laicos en la misión salvífica de la Iglesia (Nº 52).

Un creciente interés en los *Ejercicios* y los escritos ignacianos ha hecho a muchos laicos buscar en ellos la fuerza para vivir la fe cristiana; lo que ha dado lugar a muchas y variadas iniciativas apostólicas. Son cada vez más numerosas las personas que desean tener parte en la misión de la Compañía y en su proceso de evaluación y planificación apostólica. Así es como la espiritualidad ignaciana —que es patrimonio de toda la Iglesia— se está arraigando y extendiendo entre vosotros los laicos, con excelentes resultados para unos y otros.

¿Es posible, en una situación de tanta diversidad, decir en nombre de Ignacio algo que sea útil para vosotros? A pesar de la evidente dificultad, creada por la gran variedad cultural y espiritual, existen razones para creer que la respuesta es «sí». Ignacio *tiene*, aun hoy, un mensaje para cuantos buscan la verdad y la justicia. Ignacio puede ser, para católicos, ortodoxos y protestan-

tes, cristianos y creyentes de otras religiones, fuente de inspiración y vitalidad espiritual. Ya en vida vio que, lo que había aprendido por experiencia personal, podía aprovechar a otros, y así es también hoy.

PALABRAS DE IGNACIO A LOS LAICOS

La vida humana tiene sentido. Esta es la realidad primera y fundamental para Ignacio. No somos seres sin rumbo, sin una finalidad u objetivo. Hemos sido creados por un Dios que nos ama. Estamos llamados a construir el Reino de Dios por medio del conocimiento, el amor y el servicio de Dios y de los demás y así poseer la vida eterna. Los valores, prioridades y compromisos fundamentales que nos guían realmente a nivel de corazón y de mente brotan de esta finalidad y son los que determinan la diferencia entre una vida feliz o frustrada. Ignacio suscitaba este problema citando la Escritura: «¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?».

Algunos consideran «el mundo» como un desierto religioso. No así Ignacio; estaba convencido de que *el mundo está lleno del Espíritu de Dios* y de que el Resucitado ha conquistado el mundo que era hostil a Dios. Con tal de que lo busquemos, encontraremos a Dios presente. Si observamos con atención la oscuridad de la noche, descubriremos el alba como una luz que revela a Dios, trabajando por nosotros, como Creador y Redentor. De ahí el deseo de discernir de Ignacio, de distinguir la luz de las tinieblas, de descubrir la bondad de Dios, aun en medio de la maldad humana.

Dios nos llama a todos y a cada uno a una gran empresa. Ignacio nos dice que nadie está excluido; viejos y jóvenes, laicos y religiosos, hombres y mujeres —todos estamos llamados a compartir en el plan de Dios. El laico tiene su vocación propia, igual que el religioso y el sacerdote tienen la suya. Lo único que importa es reconocer este llamamiento y responder a él con fidelidad. Y esto no es algo teórico. Quiere más bien decir que nuestras vidas deben centrarse en una persona, Cristo: Cristo buscado, amado y seguido en la profunda conversión del corazón y en la escucha atenta de su palabra; Cristo, el Amigo con quien se mantiene una relación vital, personal; Cristo, Rey eterno y Señor universal, que con todo el mundo delante llama a cada uno en particular a vivir y trabajar con Él, “porque siguiéndole en la pena le siga también en la gloria” (*Ejercicios* 95). Esta es la base teológica de la comunidad y la cooperación entre jesuitas y laicos, esto lo que nos anima a entregarnos al trabajo con generosidad y alegría, pero también con humildad, para dar, y al mismo tiempo recibir, para que nadie domine a los demás.

El llamamiento de Jesús se extiende asimismo a la forma como usamos los dones que Dios nos ha otorgado. Jesús usó cuanto le dio el Padre para el servicio de los demás hasta la muerte, y nos recuerda que *los dones que hemos recibido son, de igual forma, para el servicio*. En la Escritura, todo tiene un movimiento circular. Primero está el reconocimiento de que todo don procede de Dios; luego, este don se recibe y se apropia; el siguiente paso es crecer por medio de ese don compartiéndolo con otros; y por último, el don vuelve a Dios por la alabanza y la acción de gracias. Pero en el momento de compartir puede sobrevenir la tentación de aferrarse al don y convertirlo en instrumento de poder personal. Así es como el deseo de buscar más y más poder por medio de la riqueza, se hace insaciable; así es como se siembran las semillas de la injusticia. El ejemplo y testimonio de Jesús nos muestra una alternativa a estas actitudes y prácticas destructivas. Cuando seguimos a Jesús se nos recuerda que «el Hijo del Hombre no vino a ser servido sino a servir y dar su vida por el rescate de muchos». Ahí es donde Ignacio concibió la gran empresa de su vida y de la nuestra, construir el Reino de Dios.

En nuestro servicio de los demás Ignacio nos urge a superar las impresiones superficiales para entender el drama que se esconde en toda situación humana. Nos avisa que fácilmente nos podemos dejar influir por la trama de supuestos falsos, valores contrahechos, mitos clasistas y culturales que distorsionan nuestra percepción de la realidad. Nos dice que hay que desenmascarar las contradicciones y ambigüedades ocultas en dichas tramas, librarlos de las percepciones distorsionadas que ellas engendran. Abundan las sutilezas, las decisiones importantes no son claras; *pero ¿a dónde nos llevan?* ¿Cuáles son nuestros motivos ocultos? «Nadie puede servir a dos amos». La lucha es real, el drama decisivo. En este drama, ¿en qué bando nos encontramos desde lo más profundo de nuestros corazones? ¿Con Cristo o contra Él? No debería extrañarnos si, al oponernos a cuanto hay de inhumano en el mundo de hoy, nos encontramos con que vamos contra la corriente. No resulta una postura popular.

El Cristo de la espiritualidad ignaciana es un Cristo en acción, el Cristo que predicaba en «sinagogas, villas y castillos» (*Ejercicios* 91). Este, el Cristo que nos envía al torbellino del mundo y nos manda buscar a Dios en nuestro trabajo por el bien de las personas. Así aprendemos que, junto a la mística contemplativa, hay además *una mística de la acción*. Esta espiritualidad contiene un mensaje para cuantos se sienten tentados a huir de la dura realidad.

Esto quiere decir que *nuestra fe debe tener consecuencias prácticas* en nuestras vidas, en nuestro mundo de trabajo y relaciones sociales. En la medida en que nuestra fe se hace más honda, escuchamos la llamada a esforzarnos, aun a costa de sacrificios, por *promover la justicia y trabajar por la paz*, traba-

jar por los innumerables pobres de nuestro entorno y de este bello y trágico mundo, obrar esa justicia en el amor, que es a un mismo tiempo proyecto divino y responsabilidad humana.

Para Ignacio, *el uso de medios humanos* es necesario e importante con tal de que no pongamos en ellos la confianza que debemos depositar en solo Dios. Ignacio busca personas competentes tanto en las ciencias y el arte de la expresión como en lo doctrinal y espiritual. No ve conflicto alguno entre ambos, sino más bien armonía, porque toda la realidad creada tiene a Dios como primer origen y término final. Los graves y urgentes problemas que hoy desafían al mundo y a la Iglesia requieren personas en las que estos medios estén perfectamente integrados. De otra suerte habría el peligro de un pensamiento impreciso y una acción ineficaz; y estaríamos a la merced de las ideologías.

Hay que recordar a este respecto que *en la visión de Ignacio la mediocridad no tiene puesto*: él pide líderes con espíritu de servicio en la construcción del Reino de Dios allí donde se decide la vida humana, los negocios y las ideas, la ley y la justicia, la economía, la teología... Nos urge a que trabajemos por la *mayor gloria de Dios*, porque el mundo necesita desesperadamente personas competentes y serias que se den generosamente a los demás.

Para Ignacio *la prueba del amor verdadero hay que buscarla en hechos, no en palabras*. El amor comporta sacrificio. Lo que *hacemos* es la prueba de fuego de nuestras declaraciones verbales de amor. Ignacio es así de realista en sus preguntas sobre el amor: «¿Qué he *hecho* por Cristo? ¿Qué estoy *haciendo* por Cristo? ¿Qué debo *hacer* por Cristo?».

En su deseo de «ayudar a las almas», el peregrino solitario de Loyola se buscó compañeros; lo que finalmente desembocó en la fundación de la Compañía de Jesús. Pero Ignacio animó a muchos hombres y mujeres a *asociarse para vivir y servir mejor*. Esto no es de extrañar, porque la experiencia de Dios y de su poder salvífico y la intimidad con Jesucristo llevan naturalmente a querer compartirlas con otros y a que fructifiquen en la vida real. El ejemplo de Ignacio nos invita a reflexionar sobre la utilidad que puedan tener para la consecución de nuestros objetivos unas formas más estructuradas de asociación laical. Yo no creo que hayamos pensado en esto suficientemente. Es verdad que no todos están llamados a vivir como miembros de un grupo permanentemente establecido y a trabajar apostólicamente en asociación con otros. Pero por otra parte, la asociación con otros es una expresión natural de la dimensión social de la persona humana y posibilita acciones de más amplitud, eficacia y duración, sobre todo cuando se trata de problemas complejos y difíciles. En el plano teológico, las asociaciones son signos visibles de comunión en Cristo y de la vitalidad misionera de la Iglesia. En nuestro mundo pluralista son para

sus miembros una ayuda, a veces necesaria, para vivir la fe de acuerdo con el Evangelio.

Hay que recordar finalmente que Ignacio de Loyola era ante todo y sobre todo *hombre de la Iglesia*. Tuvo que habérselas con la Inquisición y soportar malentendidos con eclesiásticos, pero siempre urgió la lealtad en palabras y acciones a la «vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica», porque el que la gobierna y rige es el mismo Espíritu enviado por Cristo. En nuestro mundo secularizado y escéptico, también a nosotros nos llama Ignacio a ser hombres y mujeres de Iglesia, con una fe firme en el espíritu de Dios, alma de la Iglesia, que lo guía todo para el bien.

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Los *Ejercicios Espirituales* son para San Ignacio «todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos» (Carta a Manuel Miona, Venecia, 16 noviembre 1536). Han transformado muchos corazones y muchas vidas y han sido la fuente de importantes cambios sociales y culturales. No son un sistema cerrado y rígido, sino al contrario flexibles y adaptables a diferentes y estadios del itinerario espiritual y a las distintas sendas que pueden seguirse en la vida. La experiencia demuestra que cristianos no-católicos pueden hacerlos con provecho y que pueden adaptarse para poder ayudar aun a no-cristianos. Yo estoy personalmente convencido de que no podemos ofrecer cosa mejor. Os invito, pues, a hacer más uso de ellos y espero que aumente el número de los que aprendáis a usarlos para ayuda de otros, como ya lo hacen bastantes. También os urjo a recabar de mis hermanos jesuitas, con quienes trabajáis que compartan con vosotros la espiritualidad de Ignacio de Loyola y especialmente los *Ejercicios Espirituales*.

CONCLUSIÓN

He expuesto algunos de los puntos más importantes del mensaje que hoy tiene Ignacio para nosotros y que creo pueden ayudarnos a todos. Son como otros tantos desafíos que debemos afrontar con la misma sabia pedagogía, de avanzar paso a paso, que Ignacio aprendió en su propia vida y consignó para nosotros en los *Ejercicios*. Como en toda gran empresa, el camino es difícil, pero conduce a la vida, nuestra y de otros. Quizá algunos de entre vosotros os sentiréis animados a profundizar en estos temas, reflexionar sobre ellos en la oración, y estudiar juntos los pasos que dais y sus resultados y dificultades.

Espero que al final del Año Ignaciano, cuando tanto se ha dicho de la espiritualidad ignaciana, pueda marcar un nuevo comienzo en nuestra búsqueda común para caminar juntos, bajo la guía de San Ignacio, con un mayor conocimiento y sensibilidad a la acción de Dios en nuestras vidas. Juntos también podremos seguir aprendiendo de él la manera mejor para en todo amar y servir *ad maiorem Dei gloriam*.

Fraternalmente,